

Libros

Comentarios

GUTIERREZ Gustavo, *En busca de los pobres de Jesucristo. El Pensamiento de Bartolomé de Las Casas*, Instituto Bartolomé de Las Casas-Rímac-Cep, Lima 1993, pp.700.

Con Bartolomé de Las Casas y otros miles de hermanos

1) VUELVE A ENSEÑARNOS A EVANGELIZAR//SANTO PADRE DE AMÉRICA, LAS CASAS! (Pedro Casaldáliga: Soneto a Bartolomé de Las Casas)

Estamos ante la obra más voluminosa, hoy por hoy, de G. Gutiérrez (GG). ¿También ante la más rica y cargada de futuro? Ciertamente es la más atenta a releer el pasado. Y con humildad, no pretendiendo ser juez superior, sino mucho más discípulo y seguidor, pero no de cualquiera o de todos. Hay que elegir entre las voces una, para distinguir las «voces de los ecos»; y la voz del que clama y del sin voz, para «oír la voz de Dios» y no endurecer el corazón ante el dolor ajeno. Con muchos otros, Las Casas (LC) fue en esto maestro y guía. No sería, nos dice GG, «tomar ingenuamente (o abusivamente) como criterio de discernimiento categorías de hoy... Esta mentalidad es un resultado de la arrogancia del espíritu moderno que se considera la última etapa de la historia... Además, se procede como si sólo ahora el Evangelio nos presentase urgentes requerimientos de justicia. Demandas que en verdad se hallan profundamente ancladas en el mensaje bíblico y en todos aquellos que lo han mantenido vivo...» (p. 21).

La vida y los escritos de LC estuvieron urgidos «por anunciar debidamente el Reino de Dios, defendiendo la vida y la libertad de aquellos en quienes su fe le hacía percibir a Cristo mismo» (p. 15). Por eso «su profundidad les viene de las raíces evangélicas y del modo como LC supo vivir su fidelidad al Señor». Aproximarse a este testigo del amor de Dios en las Indias, implica respetarlo en su mundo, en su época, en sus fuentes, ser lúcido sobre sus límites... Las vertientes liberadora de la fe están allí, las puede encontrar quien quiera proclamar la Buena Nueva desde los sufrimientos y

esperanzas de los pobres». Este sevillano «forma parte de quienes denuncian desde su fe en el Dios del Reino la pobreza y la expoliación de las víctimas de la historia» (p. 21). Es cierto que LC une reflexión y compromiso histórico; que su teoría y su práctica tratan de caminar unidas; que sabe que su fe incluye el amor eficaz y la justicia histórica» que busca hacer suyo el punto de vista del indio oprimido; y hasta que «une fe y lo que hoy llamaríamos análisis social... para desmontar el «pecado social» de su época» (p. 19): Pero esto, lejos de ser peculiar de LC o nuestro, es una exigencia constante de la revelación. «Según la Biblia, establecer la «justicia y el derecho» en el pueblo judío significa prolongar el acto liberador de Dios que lo sacó de la opresión que vivía en Egipto. Es fidelidad a la Alianza pactada con Dios, ella debe llevar a la plenitud de la vida... llega a ser equivalente de salvación, vale decir, de la total comunión con Dios y con los demás» (p. 23).

2) EL PENSAMIENTO DE UN HOMBRE DE ACCION: BARTOLOME DE LAS CASAS

Este estudio de la vida y escritos de LC, de su testimonio cristiano vivido y reflexionado, lo entiende GG como una «larga marcha»... «que se encuadra en el doloroso y a la vez esperanzado proceso de liberación integral de un pueblo. Este libro quiere ser un jalón más en este itinerario» (p. 25). Frente a quienes ayer y hoy quisieron hacer de él un solitario, un extravagante y fanático defensor de una idea, cuando no un vil calumniador de su propia patria, él es el «centro de una tradición», por haber sabido gritar más alto y más certero el dolor de los indios y la indignación ética de lo mejor de España en aquellos momentos. Ya Juan de Castellanos le cantaba en sus versos: *«Un clérigo bendito reverendo / testigo de muy grandes sinrazones / a quien Dios levantó, según entiendo / por favorecedor de estas naciones... / Cuyo nombre merece ser eterno / y no cubrirse con escuro velo / pues procuró de dar tan buen gobierno... Que hizo que hiciesen nuestros reyes / para las Nuevas Indias nuevas leyes... Y en Indias el protervo y el sencillo / tienen justa razón de bendecillo»* (Elegía 13, Canto 2).

Y la lista de los grandes poetas que lo cantan recubre ambas orillas del Atlántico, de Neruda a J.G. Rose, de Cernuda a Casaldáliga; junto a cientos de dominicos y otros cientos de cristianos, historiadores de España y de otras partes del mundo, hombres y mujeres (Hanke, Bataillon, Giménez Fernández, Carro, M. Martínez, Biermann, Pérez de Tudela, Saint-Lu, Höffner, Friede, Losada, I. Pérez, Cantú, Mahn-Lot, Parish y un largo etc.), hasta culminar en esa alabanza sentida de Gabriela Mistral que lo hace no ya gloria a España o de la cristiandad, sino «un honor del género humano».

Este libro de GG -ya en sí mismo un homenaje a su memoria, que es también

la nuestra- pretende ahondar en su inteligencia de la fe, en esa «reflexión teológica y vigorosa...», al servicio del anuncio del amor de Dios por toda persona y en especial por los pobres de su tiempo» (p. 28); esos que le han hecho ser testigo «*de una Iglesia mayor, de un Dios más cierto*» (P. Casaldáliga). Por aquí, como clave de toda su vida teologal y reflexión teológica, empieza GG su relectura de LC. Ese es «el fontano lugar» de donde brota al agua de vida y libertad que lo hace testigo en obras y palabras de las entrañas del «Padre de las misericordias», y hermano solidario «hasta del más chiquito y olvidado» de quien Aquel «tiene la memoria muy reciente y muy viva», como dice LC y gusta repetir muchas veces GG.

La primera parte se centra en esa clave, dividida en tres fases: la muerte prematura de millones de indios, como terrible grito que «clama al Cielo» y baja hasta los hombres capaces de «llorar duelos ajenos»; ese echar la suerte con las víctimas - decisivo ante el juicio de Dios- se vuelve exigencia cristiana para el que tiene la visión de fe que nos da el Evangelio: la presencia de Cristo en los crucificados de la historia. Estos tienen su rostro y su nombre concreto, irrepetible; no son «*massa damnata*», ni «*homúnculos*» de una clase infrahumana, «*esclavos por naturaleza*», para los señores de turno (antes Grecia, luego España, ayer Europa, hoy USA o el Mercado). Sólo el que cuenta muertos y escucha los clamores de la sangre derramada y la de tantas vidas oprimidas, sabe ponerse en el lugar del pobre, hacer esa opción por los pobres concretos, históricos, hacerse verdaderamente «*próximo*» de todos los vencidos de la vida. Neruda le cantaba: «...*eras / la eternidad de la ternura / sobre la ráfaga del castigo / De combate en combate tu esperanza / se convirtió en precisas herramientas*»; y luego le pide: «*deja en mi corazón el vino errante / y el implacable pan de tu dulzura*» (Canto general, IV: Los Libertadores).

De esa ternura vuelta herramienta escrita tratan las otras cuatro partes que se multiplican también por tres capítulos; pero se resumen en dos, como los mandamientos; como los dos pasos dados por la expansión española en América: el «*ingreso*» de la conquista, y el «*progreso*» de la encomienda. Y como las dos tareas que incluye su misión: ser el «*protector de los indios*», como su «*Goél*» liberador, y ser el «*profeta de los españoles*», que denuncia sus crímenes, intenta abrir sus ojos ante tamaña «*ceguedad*», y amenaza con tonos catastróficos a la Corte y al pueblo todo de España. Siguiendo líneas temáticas, y de algún modo el curso histórico de sus escritos, GG divide su estudio en doce capítulos. Unos se centran más bien en la perspectiva del poder: en su forma más descaradara y bruta, la violencia armada («*Evangelizar a lanzadas*») con el tema del «*Requerimiento*» que ciertamente da para reír y llorar al mismo tiempo); o en forma ya hecha («*Un hecho en busca de un derecho*») titula acertadamente GG su reflexión más acendrada sobre los famosos «*títulos*» de Francisco de Vitoria). En medio quedaría la disputa con el protagonista de la defensa

a ultranza del Imperio español, el humanista Juan Ginés de Sepúlveda, más aristotélico que cristiano; o tal vez «cesariano», como diría LC.

Frente a ello está la antítesis de LC, propuesta tempranamente en su primer escrito teológico: «El único modo» de llamar a los pueblos a la fe. En esta obra emplea como nunca la Escritura y muy especialmente el Evangelio y la figura histórica de Jesús, junto con la misión del Resucitado, la teoría y práctica de la Iglesia, sobre todo la del apóstol Pablo. Aunque parezca una obra serena, principista, abstracta y no encarnada en la dolorosa realidad americana («sólo se consideran las verdades universales», dice Hanke) la verdad es que se trata de la roca más firme de todo el pensamiento lascasiano («una de sus grandes y más aceradas armas del combate», nos dice GG, p. 316): una convicción de fe cristiana, que irá desplegando todo su alcance humanizador a lo largo de sus reflexiones políticas, jurídicas, morales y pastorales. No es la violencia del poder, sino la fuerza de la Palabra, el poder de convicción (persuadir la mente y mover la voluntad) que lleve al consentimiento, tanto en el orden de la fe como en el de las relaciones interhumanas. Desde esta perspectiva cristológica, LC tendrá el coraje de abrir nuevas pistas en ese cerrado horizonte escatológico, donde la salvación queda confinada a los límites de la moral y de los sacramentos de la Iglesia. El tradicional «extra Ecclesiam nulla (est) salus», le va a quedar corto para valorar la religiosidad indígena y atreverse a ampliar «el cielo de las Indias», dada la universal voluntad salvífica del Padre.

Sin análisis marxistas, pero con profunda intuición bíblica, LC ve que el poder no es el mal decisivo. Más al fondo hay otra alternativa, señalada ya radicalmente por Jesús: «No pueden ustedes servir a Dios y al Dinero!» (Mt. 6,24). No es la muerte del indio lo que sirve a los conquistadores: es el vivir de su trabajo y de sus bienes. El oro de las Indias fue el motor más decisivo de descubrimientos y conquistas, de negociantes y aventureros; y hasta de frailes y clérigos, sobre todo si hemos de creer al «Anónimo de Yucay». Las increíbles proezas y los titánicos esfuerzos de los conquistadores tienen como imán y como meta el oro del Dorado, el Potosí peruano y más tarde las minas mejicanas y el azúcar de caña, sacada con el sudor y sangre de los indios de mita y de los negros esclavos arrancados al África. El «progreso» de la explotación despiadada de los indios y negros, de la mita y la esclavitud (que han llegado casi hasta ayer, y hoy tiene nuevas formas) es el mal verdadero y ese «mal está en el sistema». GG vuelve a deshacer aquí esa «leyenda negra» antilascasiana que pretende culparlo del tráfico de esclavos negros en América. Ciertamente pidió esclavos negros (que ya los había en España) para remediar el trabajo insufrible de los indios. Pero cuando conoció el modo inhumano de hacerlos tales, se arrepintió (tal vez fue el primero en hacerlo) y los puso a la par de las demás víctimas de ese ídolo Mammón, al que servían los europeos.

Aunque LC nunca estuvo en Perú, GG sabe muy bien que en sus últimos años se ocupó especialmente de lo que allí se disputaba. Las Doce Dudas y el «De Thesauris» son la prueba evidente, junto a ser el Procurador de los caciques Incas para oponerse a la encomienda perpetua, que piden los conquistadores al rey Felipe II, endeudado en sus guerras europeas, sobre todo. Pero incluso después de muerto sigue LC conquistando «el corazón de los más frailes» de aquel virreinato; y el virrey Toledo encarga a su entorno de falsear la memoria del pueblo sobre la legitimidad del señorío incaico; y de justificar teológicamente la codicia y la mita, ya que «sin oro no hay Evangelio». Y el buen Dios, en su condescendiente Providencia, habría previsto esa dote tan rica para su fea hija india, que los pretendientes blancos buscarían, trayéndole de paso el Evangelio.

Con la madurez y perspectiva que le han dado las luchas y los años LC va a llegar a 'las formulaciones más perfectas de todo su ideario evangélico y por lo mismo profundamente humano' y humanizante: ya no se trata sólo de la vida y el trabajo de los indios; se trata de sus plenos derechos como personas y como pueblos. El derecho a sus propiedades y a sus instituciones, a su libertad y a sus legítimas autoridades. Aquí asoma como nunca la necesidad del 'consentimiento' indígena, tanto para las cuestiones económicas como sobre todo para las políticas. Es el fruto maduro de aquella persuasión de la mente y moción de la voluntad que LC vio siempre como absolutamente necesaria para una auténtica conversión a la fe cristiana, y por lo mismo para toda 'Evangelización que sea fiel a Jesús' y su camino. Ahora la tarea del Protector de los indios está sobre todo en ser Profeta de los españoles, exigirles la 'restitución' de todo lo robado antes y ahora a los indios (incluso lo que ha servido para el culto y el clero) y la reposición de sus autoridades legítimas. Era mucho pedir, como era mucho pedir y hasta soñar ese «Pachacuti» o mundo al revés que pretendía enderezar el bueno de Guamán Poma de Ayala. Con la presentación de este último cierra GG su libro; o mejor con el «*Y dijeron que lo verían*», que sigue siendo la cuestión pendiente, la herida abierta en el Perú y en toda América Latina y en este mal llamado Tercer Mundo.

Ya nos advierte GG que no pretende ser exhaustivo «en el examen de una *obra que requiere numerosas entradas y competencias diversas*» (p.25) dada la extraordinaria erudición de LC. Por lo demás es claro que GG se ha centrado en ese *punto medular de la tarea lascasiana que fue hacer presente en las Indias que el Dios de Abraham y de Jesús existen*; pues «no hay para un creyente, nada que lo lleve a rechazar más profundamente la miseria y la opresión social que la voluntad de amor y de justicia del Padre» (p.23). Pero, en el examen de puntos específicos, como el tema de la salvación fuera de la institución eclesial, echaría de menos el diálogo con una obra como la de P. Damboriena, *La salvación en las religiones no cristianas*, editada ya en 1973 por la BAC, y que trata el tema con amplitud. Más difícil es que GG pudiera tener

en cuenta a A. Urbán, *El origen divino del poder*, editado en 1989; pero resulta bien aleccionador ese examen pormenorizado que hace Urbán de la exégesis de Jn 19,11a desde los orígenes hasta Alonso de Madrigal, «el Tostado», que LC cita a veces a otros propósitos. Por lo demás es un tema muy nuestro, dada la conexión real con la temática liberadora.

Los ejemplos de lo que uno desearía encontrar se pueden multiplicar indefinidamente, y no ayudan demasiado, a no ser para futuras ediciones revisadas. Entre ellos estaría un índice de citas lascasianas y otro de citas bíblicas (las del propio LC y las que utiliza GG u otros). Pero, más al fondo, y comprendiendo el peculiar interés por Guamán Poma de Ayala en el Perú, no se ve tan importante su relación con LC en el resto del continente como para ocupar un lugar tan culminante como el que se le da. Más histórica, aunque sea más ambigua también, es la relación no ya con el «Parecer de Yucay» (que GG trata ampliamente), sino con el P. Francisco de la Cruz y J. de Acosta o con el inca Garcilaso de la Vega; para no hablar del impacto y el uso (y el abuso) de LC en los patriotas criollos y algunos de los liberadores americanos, empezando por T. de Mier y S. Bolívar.

Aquí nos salimos de la mera teología para entrar muy de lleno en el campo político; pero GG nos decía en el prólogo que, respetando las coordinadas históricas del pasado «nos dirigimos necesariamente a él desde nuestras presentes inquietudes» y que «sólo enfrentando la verdad histórica sin cortapisas se podrá asumir con responsabilidad y eficacia el tiempo que viene» (p.14). Claro que este escrito de GG no es ni lo único ni lo más decisivo de su obra en favor del proceso de liberación integral de un pueblo, el peruano, el latinoamericano y el tercermundista (que ya deberá cambiar de nombre). Desde hace años fundó y anima el *Instituto Bartolomé de Las Casas* y escribe y actúa en favor de los pobres de Jesucristo junto con muchos otros en el Perú, América Latina y esa internacional de la vida presente en tantos hombres de buena voluntad y sedientos de justicia. Por eso, y a pesar de no hacer de LC un teólogo de la liberación, nos hubiera gustado una reflexión más explícita sobre las relaciones también objetivas que se dan entre nuestra teología de la liberación y este «santo padre de América» que es Las Casas.

Para terminar el recuento del libro habrá que decir que aún siguen varias cosas: un apéndice sobre la cuestión demográfica, que, por más discutida que sea, no puede atenuar la tremenda catástrofe que el encuentro produjo en este Nuevo Mundo; y una bibliografía que ocupa unas cincuenta páginas. Y en la edición peruana la novedad de un «retrato auténtico del Padre Las Casas», que sustituye en la de Sígueme el tradicional retrato imaginario de Enguítanos. Por lo demás ambas ediciones son casi coincidentes, salvo pequeños detalles; uno que llama la atención es el olvido de los dos últimos párrafos del capítulo II de la primera parte: Los Cristos azotados de las Indias

en la edición salmantina; tanto más que uno de ellos estaba ya en ese anticipo del presente estudio que fue «Dios o el oro en las Indias. Siglo XVI», editado por el Instituto Bartolomé de Las Casas y Cep ya en 1989. ¿O tal vez el editor se quedó impresionado por esa bella frase de Lassegue: «este admirable texto, en su sencillez, expresa una de las cumbres de la espiritualidad del s. XVI y de todos los siglos cristianos: la identificación de Cristo con el indio martirizado», que GG pasó de la nota al texto? (p. 98-106).

3) TODOS LOS QUE VIVEN Y MUEREN EN BUSCA DE LOS POBRES DE JESUS

Quisiera señalar ahora otra pequeña diferencia, esta vez en la dedicatoria del anticipo y del actual estudio. Junto a Vicente Hondarza aparecen ahora Ignacio Ellacuría y sus compañeros; esto es cuestión de fechas y de hechos (los masacraron el 16 de noviembre de 1989); de esos hechos de sangre que marcan el vivir americano actual; de esa sangre de mártires del Reino que nutre vigorosa la vida de esta iglesia y este pueblo; de esa semilla de esperanza contra toda esperanza en que no triunfará la causa del verdugo sobre la de las víctimas; de esa Esperanza cierta de que el Reino de Dios, ya comenzado en Jesús, sigue actuando en la historia y nos convoca a colaborar en bajar de la cruz a tantos crucificados todavía en nuestro mundo.

Y es que en definitiva este libro está escrito para el aquí y ahora de la iglesia y del pueblo. Si se mira la historia pasada, y en ella se centra la mirada en este Santo Padre de América, es para aprender de ese pasado lo mejor de sus valores y prácticas, e incluso para evitar sus errores y límites, en nuestro presente y de cara a nuestro futuro, a esa «Tierra sin males» que buscamos. Por eso GG dialoga no sólo con LC y tantos de aquel tiempo (Córdoba, Palacios Rubio, Cayetano, Sepúlveda, Vitoria, J. Maior, D. Soto, Acosta, D. de Santo Tomás, Fernández de Oviedo, García de Toledo y varios más), sino también con estudiosos actuales de la figura y obra de Las Casas (citados ya al principio de esta nota) y con teólogos e historiadores de España y el Perú, de América y Europa (Abril Castelló, Beltrán de Heredia, Castañeda, Dussel, G. Villoslada, R. Hernández, Lecler, León-Portilla, Leturia, Levillier, Lissón Chávez, Losada, Manzano, Maravall, Medina, Pereña, Pérez de Tudela, Porrás Barrenechea, Queraltó, D. Ramos, Todorov, Vargas Ugarte, Zavala y otros muchos). Abundan las citas de Agustín y Tomás, presentes ya en LC; pero están también las del Vaticano II, de Medellín y Puebla y de sus propias obras y las de otros. Es un ensayo de ese diálogo universal que nos va a tocar hacer, de ese consentimiento general que debemos lograr, hasta la total reconciliación que sólo el Amor nos posibilitará un día.

Porque GG, -y este libro es buena prueba de ello-, no es un hombre de rupturas

y extremismos, sino de una fidelidad tradicional que le posibilita esa libertad creadora de futuro y esperanza. Una fidelidad al Evangelio de Jesús en primer término, que le hace captar las resonancias evangélicas aunque estén en otra onda cultural y teológica; y también denunciar con finura y «parresía» fraterna los errores y tergiversaciones de la fe en su teoría y su práctica (los de Sepúlveda o Motolinía, de Maior o Vitoria y aún del propio LC). Estudiar con tanto ahínco la figura de LC con el transfondo de cinco siglos de evangelización americana, es ya un acto de amor fiel a esta porción de la Iglesia; pero además ahí está dialogando con Agustín y Tomás, con Trento y el Vaticano I, con Capéran, Getino, Castañeda, Harent, Medina, Ratzinger o Urdañoz y muchos más. Atento sobre todo al Vaticano II, sin olvidar a León XIII o Pío XII, y menos a Pablo VI o Juan Pablo II. Y cita a Medellín y cita a Puebla, con todo el peso de su magisterio; obviamente aún no está Santo Domingo. Y el diálogo se extiende especialmente a la reflexión latinoamericana: junto a sus propios escritos hay citas de Beozzo, Casaldáliga, Dussel, Hoornaert, Mires, Ruiz Maldonado, Trigo y varios otros. Y porque cree que América es tierra de esperanza, sueña caminos de liberación, aunque es de noche. Hay millones de hermanos, pequeños y obstinados, que siguen sufriendo y esperando en estas tierras; y hay hermanos que sueñan como ellos y que caminan juntos; GG conoce y trata sobre todo a los de su Perú Moreno, N. Thai Hop, C. Romero y otros más del ámbito eclesial; pero también están decenas de otros: M. Hernández, Lumbreras, Millones, R. Adorno, Burga, Guillén, Rostworowski, Prado Tello y varios señalados ya antes.

Los temas de este diálogo fraterno -por ser cristiano abierto a todo lo humano o humanizante- son cuestiones vitales, de esas que son de siempre: *la violencia y la fe, el poder y la Iglesia, la libertad y dignidad humana, la vida de los pobres y la salud final*, por señalar algunos. GG no da recetas fáciles ni soluciones últimas. No es que oculte sus críticas ni concilie contrarios; pero tampoco dogmatiza y condena sin pruebas. Sabe disentir y mostrar las razones (casi siempre evangélicas); sabe matizar y hasta negar asertos, sin por ello descalificar otros datos de las mismas personas. (Un buen ejemplo de ello es la manera de tratar a de Vitoria o a Motolinía, por no hablar de Urdañoz o Menéndez Pidal).

El libro, como la persona misma de GG, es un corazón ancho y una mano tendida, un puente para unir ambas orillas, hoy más bien Sur y Norte. No cree tener la última palabra en ningún punto; más bien sabe «que tenemos que hablar de muchas cosas», para hacernos de veras compañeros: compañeros de marcha y de esperanza, solidarios, fraternos. También tiene «no dichos»; pero, ¿quién no los tiene?

Desde mi corta perspectiva, mucho menor que sus amplios horizontes, ya noto algunos; pero no creo que sean omisiones queridas. Pues en definitiva lo que quiere es dialogar con todos los que, venidos de aquí o de allá, fueron y van por la vida «en

busca de los pobres de Jesucristo»; solidarios en una gran «internacional de la vida» con ellos y contra todo aquello que los mantiene empobrecidos, para hacer que amanezca más temprano en la historia el Reino que los hace felices y al que vamos.

Eduardo Frades Gaspar, CMF

Institutum Patristicum Augustinianum, *Diccionario Patrístico y de la Antigüedad cristiana*, dirigido por Angelo Di Berardino, 2 Voll., Colección Verdad e Imagen, 97-98, Editorial Sígueme, Salamanca 1991-1992, pp. XXVIII-1138 y pp. XXVI-2300.

No es un secreto para nadie: el estudio de la patología y la historia antigua de la Iglesia nunca ha tenido mucho peso en la organización de nuestros conocimientos religiosos en Latinoamérica. Es cierto: nuestras urgencias pastorales son ingentes y apremiantes; además, no tenemos por qué rivalizar con las escuelas y nutridas bibliotecas del viejo continente. Lamentablemente, nuestra ignorancia se paga más caro de lo que a veces se pensara; tan fácilmente identificamos la Tradición multifacética de veinte siglos (y más) con las costumbres recientes de nuestras iglesias locales. Insensibilidad a la historia, desconocimiento de las soluciones (acertadas o no) aportadas por los primeros siglos a los desafíos de la misión y la inculturación. Como botón de muestra: el Documento episcopal de Santo Domingo manifiesta mayor conocimiento y veneración de los documentos papales (más de 150 citas de Juan Pablo II) que de los escritos patrísticos (*una sola* citación explícita). ¿Quién no siente el desequilibrio, quien no duda del empobrecimiento?

Valga este preámbulo para presentar el nuevo *Diccionario Patrístico y de la Antigüedad cristiana*, en dos volúmenes, cuyo original italiano fue editado en los años 1983-1984 (Roma-Génova, Ed. Marietti). El P. Angelo Di Berardino, del Instituto Patrístico «Augustinianum» de Roma (ese mismo Instituto que se encargó felizmente de la edición del tercer volumen de la patología inacabada de Quasten), es el arquitecto general de la obra. No ha regateado los recursos humanos utilizados: «167 (autores) de 17 nacionalidades distintas, de diferentes confesiones religiosas y con múltiples intereses culturales» (ningún representante del continente latinoamericano). El resultado es monumental: «un instrumento de uso inmediato para personas de cierta cultura, deseosas de una información rápida y precisa sobre cualquier tema relacionado con los ocho primeros siglos de la historia del cristianismo» (introducción). Más

concretamente: «En occidente hasta Beda el Venerable (+735) y en el oriente griego hasta Juan Damasceno (por el 749)»; con picos flexibles y a veces muy prolongados por lo que se refiere a otras áreas cristianas: siria, etiópica, armenia...

En total, son más de 2.500 artículos de extensión muy variable, entre algunas líneas y síntesis completas de varias páginas («Agustín y agustinismo», 12 pp.; «neoplatonismo», 19 pp.; «platonismo y los padres», 25 pp.; «martirio», 13 pp.; etc.), cada uno con apreciables notas bibliográficas. Doctrinas y prácticas (Biblia, liturgia, moral, escuelas teológicas,...), textos, arte y arqueología, historia y geografía, concilios y fórmulas teológicas, vida espiritual y monaquismo, corrientes y sectas heréticas, derecho e instituciones de la Iglesia o del Imperio, filosofías y literaturas de la época, pensadores no cristianos (Celso, Plotino, Sinesio...), personajes políticos del Imperio en su relación al cristianismo (Tiberio, Marco Aurelio, Juliano el Apóstata, Justiniano...): la materia alfabéticamente presentada y resumida es inmensa, juiciosamente seleccionada; los especialistas se han esmerado. Algunos artículos colmarán a los estudiantes (cristología, Dios, Iglesia, fe, ministerios...), mientras otros llenarán de satisfacción a los espíritus inquietos («apocatástasis», «milenarismo», «purgatorio», «gnosis-gnosticismo», «origenismo»...). Se encontrarán las grandes «luminarias» cristianas (Agustín, Basilio, Ireneo, Jerónimo...), pero también pequeños autores casi desconocidos, y cada vez con la debida nota bibliográfica destinada a proseguir el estudio.

Le he dado la vuelta a estos dos gruesos tomos, para numerosas consultas o lecturas sistemáticas, a lo largo de varios años. Lógicamente, ciertas contribuciones convencen más que otras. Pero, qué importa. Uno se siente deslumbrado y agradecido por un trabajo que cumple tan inteligentemente con su cometido. ¡Pareciera que no le faltara nada! Siendo muy quisquilloso, uno tal vez echará de menos la falta de mapas geográficos, y también la ausencia de algunos artículos que se refieren a doctrinas (no a autores) marginales para la teología clásica, tales como: adivinación, ocultismo, reencarnación, preexistencia de las almas, etc., de cierto interés para nuestros contemporáneos curiosos de la nueva (o vieja) heterodoxia. Sin embargo, aún así, algo se podrá cosechar bajo otras entradas («antropología», «traducianismo», «alma humana», «magia», «superstición», «hermetismo»...), y buscando (más difícilmente) los nombres de los defensores históricos de dichas proposiciones.

Se sabe que el Concilio Vaticano II (1962-1965) correspondió a una época de redescubrimiento intenso de los primeros siglos de la Iglesia. Con cierta idealización de dichos orígenes; hoy sabemos mejor que la Iglesia «una e indivisa» prácticamente nunca ha existido. Indudablemente, una obra como el *Diccionario Patrístico* nos ayuda a tener una conciencia más lúcida de aquellos tiempos y a recibir la lección

histórica y mezclada de tantos esfuerzos intelectuales y misioneros. Por tanto, no dudo en considerar que los dos valiosos tomos del *Diccionario Patrístico* deberían estar en todas las bibliotecas cristianas o inclusive humanistas. Estudiantes religiosos en casas de formación, por supuesto; pero también escuelas superiores de letras, bibliotecas de historia, profesionales de la información y de la cultura. La adquisición de tan considerable «Summa» permitiría sustituir, o por lo menos remediar, la ausencia de numerosas obras especializadas.

Bruno Renaud

Recensiones

SAGRADA ESCRITURA

RAMOS Felipe, *El Nuevo Testamento*, I-II, Atenas, Madrid 1988-1989, pp. 830.

Felipe F. Ramos nació en Almanza (León) en 1927. Hizo los estudios eclesiósticos en el Seminario de León y los amplió posteriormente en la Universidad Pontificia de Salamanca, donde se doctoró en Teología y en el Pontificio Instituto Bíblico de Roma, donde se licenció en Sagrada Escritura e hizo el curso de doctorado. Fue también alumno de la Escuela Bíblica de Jerusalén. Actualmente es profesor de Sagrada Escritura en la Pontificia Universidad de Salamanca y en el Seminario de León.

Es Autor de varios libros: *Escritos de San Juan*, *Hechos de los Apóstoles*, *En busca de Jesucristo*, *Interpelado por la Palabra*, *El Reino de las parábolas* y *La obra de Lucas*.

Nos encontramos por tanto ante la obra de síntesis de un Autor excelentemente preparado desde el punto de vista académico.

En el primer tomo estudia el Nuevo comienzo, la Interpretación de lo antiguo por lo nuevo, el Evangelio multiforme, el Evangelio y los evangelios, la Cuestión sinóptica, la Fuente Q, la historicidad de los Evangelios, el Evangelio según Marcos, según Mateo, según Lucas, y los Hechos de los Apóstoles.

En el segundo tomo analiza el Evangelio según Juan, los Relatos de la Pasión, Pablo de Tarso (cuestiones introductorias), el Evangelio según Pablo: primeras y grandes cartas, cartas desde la cárcel y pastorales, la Carta a los Hebreos, las Cartas Apostólicas, el Apocalipsis, la Resurrección, de Jesús a Jesucristo, la Literatura intertestamental, y la Autoridad de la Biblia.

Revisten especial interés estudios como el de la Fuente Q, en la que el discipulado es el motivo principal, y entre cuyos aspectos principales destacan: mensajeros de la sabiduría y de Jesús, el discurso de misión, la misión de Jesús se halla bajo el signo del conflicto, indicaciones sobre las provisiones, y el poder decisorio de los mensajeros. Y la proximidad-presencia del Reino de Dios.

Parece una obra especializada para estudiantes de Teología, que trata de recoger los estudios más recientes sobre los temas propuestos. Cada capítulo concluye con una bibliografía reciente sobre el tema, con la mayoría de los títulos en castellano, lo cual la hace más accesible. Puede ser más útil como libro de consulta sobre los capítulos particulares. Puede resultar muy extensa para el que desea una primera introducción general al Nuevo Testamento.

Jean-Pierre Wyssenbach, sj

PONGUTA Silvestre, *La hora de la fe. Una lectura de Isaías 1,-9,6;* Cuadernos Bíblicos 5, Asociación Bíblica Salesiana, Caracas 1993, pp.238.

El Profeta Isaías es uno de los más grandes «mediadores» de la Palabra de Dios cuya tradición se ha conservado en el Antiguo Testamento. Los capítulos 1-39 del Libro que lleva su nombre, concentran la atención en un período de cerca de 40 años (739-700 a.C.) llenos de acontecimientos importantes de la historia de Israel.

Las intervenciones de Isaías se afianzan en las tradiciones históricas del pueblo elegido, iluminan la vida de los contemporáneos del profeta y a menudo orientan la atención hacia un futuro que va cristalizando lentamente la esperanza de Israel. Algunas de las imágenes empleadas quedarán como puntos de referencia que servirán para formular experiencias futuras o momentos culminantes de la historia.

Es éste uno de los escritos más leídos y más estudiados de todo el Antiguo Testamento: su presencia en el Nuevo Testamento es un indicio de la importancia que se le ha atribuido en todas las épocas.

Silvestre Pongutá, desde hace muchos años docente de Sagrada Escritura en la Universidad Javeriana de Santafé de Bogotá, nos presenta en esta obra una breve

introducción al libro del Profeta Isaías, seguida de un comentario exegético, de carácter divulgativo, acerca de los primeros 9 capítulos del libro.

«El creyente de hoy puede dejarse guiar por el Profeta Isaías para ahondar en su propia historia, para confrontar sus propias circunstancias y su propia vida con Dios y su Palabra, para anhelar y promover la unidad del único pueblo de Dios; puede también dejarse interpelar por las innumerables y grandiosas demostraciones del Amor de Dios y tratar luego de corresponder a ese mismo Amor; puede, con la experiencia de Isaías, comprender el sentido de su propia vocación y esforzarse en superar las resistencias a la fe y la posible obstinación que nunca se puede excluir del todo en las relaciones del hombre con Dios. El hombre de hoy - dice el Autor en la Presentación- encuentra en el libro de Isaías una invitación a contemplar al Dios único y Santo y a sacar de dicha contemplación consecuencias que orienten toda su vida».

La invitación a la fe y a la esperanza está particularmente presente en el Profeta Isaías. Esta invitación es muy actual en el Continente latinoamericano al cumplirse 500 años del comienzo de la evangelización. Hoy más que nunca nuestro Continente necesita que el Signo anunciado por Isaías sea una realidad: anhelamos la presencia del «Dios con nosotros».

Este volumen, que va dirigido especialmente a estudiantes de teología, seminaristas o laicos, quiere brindar una base sólida para la pastoral y la evangelización en el ámbito de la Iglesia.

Corrado Pastore, sdb

SALAS Antonio, *Los Orígenes. Del Edén a Babel*, Paulinas, Madrid 1992, pp.150.

Antonio Salas, OSA, nació en Palmas de Mallorca en 1937. Es doctor en Ciencias Bíblicas por la Pontificia Comisión Bíblica de Roma. Es Autor de más de 20 libros, y conferenciante asiduo en Europa y América. Dirige la Escuela Bíblica de Madrid y edita la Revista teológico-bíblica «Biblia y Fe». Últimamente ha preparado para Ediciones Paulinas la colección «Biblia y Vida», un proyecto de formación bíblica y catequética.

El Proyecto «Biblia y Vida» consta de diez volúmenes: *la Biblia hoy* (temas introductorios), *Los orígenes*, *Un pueblo en marcha* (Pentateuco y libros históricos), *Los Profetas*, *Los sabios*, *Evangelios Sinópticos*, *El Evangelio de Juan*, *Pablo de Tarso*, *El Apocalipsis*, *Ser Cristiano hoy*.

En este libro, el Autor estudia la prehistoria bíblica, los orígenes del mundo, del

hombre, del pecado, el primer fratricidio, los patriarcas anteriores al diluvio, el diluvio universal y la torre de Babel.

Antonio Salas analiza las literaturas de la antigüedad y encuentra, por ejemplo, cómo todas evocan el recuerdo de una catástrofe descomunal, provocada por la ira divina. Se contabilizan, de hecho, nada menos que 68 narraciones donde las aguas se supone sumieron en un caos total a la humanidad. Y lo más sorprendente es que tales relatos afloran en la conciencia religiosa de los 5 continentes. De hecho, 13 son asiáticos, 4 europeos, 37 americanos, 5 africanos y 9 de Oceanía.

Salas nos informa que la altura de la torre de Babel era de 90 metros. Algunos autores sugieren que en su construcción debieron emplearse unos 85 millones de ladrillos, dado que en aquel territorio escaseaban las piedras. El famoso zigurat se supone que fue construido unos dos mil años antes de nuestra era. Su nombre no podía ser más evocador: Etemenanki (=entre el cielo y la tierra). Era entendido, pues, como un puente capaz de unir el mundo de los dioses (=cielo) con el de los hombres (=tierra).

Cada ciudad tenía su zigurat: se han descubierto restos de unos 30. No eran tumbas de reyes como las pirámides de Egipto, sino torres templos, que constaban generalmente de 7 pisos, cada uno dedicado a uno de los siete planetas, y recubiertos de ladrillos esmaltados de diferente color cada piso. Dos escaleras laterales para los devotos y una central para los sacerdotes, ascendía hasta el templete de la cúspide, lugar de encuentro con los dioses australes, cuando éstos descendían a visitar la ciudad.

Salas hace referencia a lo que la ciencia dice sobre estos temas. Y trata de descubrir siempre la verdad para nuestra salvación que se contiene en estos primeros 11 capítulos del Génesis.

Son temas muy importantes para nosotros. Tratados por uno de los mejores especialistas bíblicos de la actualidad.

Jean-Pierre Wyssenbach, sj

PONGUTA Silvestre, *El clamor de un pueblo. Una presentación del Libro de los Salmos*, Colección Cuadernos Bíblicos 6, Asociación Bíblica Salesiana, Caracas 1993, pp. 276.

Silvestre Pongutá, Profesor de Sagrada Escritura en la Universidad Javieriana de Bogotá, nos ofrece en este volumen una presentación del libro de los Salmos.

El libro de los Salmos ocupa un lugar muy importante en el conjunto de los libros sagrados del Pueblo de Israel como en la vida de la Iglesia de todos los tiempos.

Mientras la Ley (Pentateuco) y los Profetas presentan la comunicación de Dios al hombre, los Salmos expresan la resonancia, la respuesta, la reacción del hombre frente a la presencia y a la comunicación de Dios o frente a su silencio o aparente ausencia.

Posiblemente estas composiciones poéticas y estas expresiones de fe surgieron en circunstancias muy concretas, circunstancias que difícilmente se podrán reconstruir. Se da así una atemporalidad que nos permite a nosotros una apropiación más universal. Estos textos antiguos, que han nutrido la vida del antiguo y del nuevo pueblo de Dios, tienen un valor inapreciable para el creyente.

El Autor, con *El Clamor de un Pueblo* quiere brindar un servicio al Pueblo de Dios: ofrecer un instrumento para acercarse a una mejor comprensión y vivencia de los Salmos. Parte de una constatación elemental: la liturgia emplea abundantemente los salmos en la Oración y en la Liturgia; al uso oficial se une el interés de la piedad personal que encuentra en los Salmos una fuente inagotable de expresiones aptas para dirigirse a Dios y para vivir innumerables situaciones humanas. Es ésta la constante que ha acompañado la valoración de los Salmos a lo largo de los siglos.

El Autor no pretende ofrecer un estudio exhaustivo del libro de los Salmos, sino proporcionar una presentación que introduce en el mundo de los salmos, que ilustra los principales géneros literarios y presenta algunos modelos de lectura exegética de salmos escogidos. Con ello busca sugerir a las personas interesadas una ayuda para dar mayor sentido tanto a la celebración litúrgica como a la piedad personal.

El clamor de un Pueblo se dirige en primer lugar a estudiantes de Teología, pero puede ser útil también a los sacerdotes, las religiosas, los catequistas, y a todos los creyentes que quieran dar un mayor sentido a su vivencia de la oración y de la liturgia.

Corrado Pastore, sdb

ERNST Josef, *Juan: retrato teológico*, Herder, Barcelona 1992, pp. 180.

Josef Ernst nació en 1926. Ordenado sacerdote en 1952, hasta 1967 trabajó sobre todo en tareas pastorales. Desde 1968 es profesor de teología y de exégesis neotestamentaria en la Facultad de Teología de Paderborn (Alemania). Es Autor de varias obras sobre temas de su especialidad.

¿Quién fue el autor del cuarto Evangelio? ¿Juan el hijo de Zebedeo? ¿El presbítero de igual nombre? ¿El gran desconocido o tan sólo el reflejo de una

comunidad? Responde Ernst: «Me gustaría decir: más importante que la identificación histórica es el retrato teológico. El evangelista vive, si nos ponemos a dialogar con él. Nos hemos atrevido a realizar el intento, a fin de dar estímulos».

El libro tiene tres partes. En la primera estudia el autor del Evangelio, la comunidad joánica, el discípulo amado. En la segunda parte estudia el retrato teológico: Juan, el místico; los discursos de despedida; la revelación en la palabra; los signos. En la tercera parte estudia la imagen del autor en el espejo del Evangelio: el teólogo, pneumático, místico, amante, amigo, filósofo, discípulo. Y en un apéndice comenta perícopas evangélicas tomadas del Evangelio de Juan.

La cuestión acerca de la salvación del mundo y acerca de la salvación del hombre se halla expuesta compactamente en el Evangelio de Juan en las sentencias y locuciones acerca de la vida. El concepto no es uno de tantos, sino que a él se pueden reducir todos los demás, las asociaciones de palabras como «la resurrección y la vida: (11,25), «el camino, la verdad y la vida» (14,6), el pan de vida (6,35.48.51), el agua viva (4,10.14), las palabras de vida eterna (6,68), la vida eterna (3,15.16.36; 4,14.36; 5,24.39; 6,27.40.47.54.68; 10,28; 12,25.50; 17,2.3), la luz de la vida (8,12) y el frecuente empleo absoluto y realizado del término «la vida» (1,4; 3,36; 5,24.26.40; 6,33; 10,10; 20,31) nos hacen ver claramente que se trata de un tema central de la teología joánica. Lo que se piensa concretamente con el término «vida», se deduce por las conexiones concretas del texto. Lo que significa la vida no se comprende sino por el concepto antitético de la muerte (véase 5,24).

Para el retrato del evangelista, es de gran importancia la unidad, subrayada con énfasis, del creer, del conocer y del amar. El relato de la aparición pascual muestra en la figura de María de Mágdala la conexión interna entre las tres actitudes cristianas básicas.

El Reino de Jesús tiene mucho que ver con este mundo, pero los medios y métodos proceden de un mundo distinto, que se apoya en valores superiores a los de la fuerza de las armas.

Frente a Lorenzen, para quien los textos del discípulo amado contienen claramente el motivo de la competencia, rivalidad y el puesto superior que ocupa el discípulo amado frente a Pedro, Ernst opina que el primer discípulo no queda desplazado por un profeta carismático en competencia con él.

Un libro que quiere ayudarnos a conocer la teología de Juan.

Jean-Pierre Wyssenbach, sj

TEOLOGIA

FLORISTAN Casiano, *Teología práctica. Teoría y praxis de la acción pastoral*, Sígueme, Salamanca 1991, pp.757.

La teología pastoral es necesaria. Sin ella, la acción pastoral aun con la mejor intención y entusiasmo, es improvisada, dispersa, de recetas, repetitiva, sin creatividad. Con excepciones, por supuesto.

«Teoría y praxis de la acción pastoral» subtítulo el Autor. Se trata de un libro de lo que tradicionalmente se llamaba «teología pastoral», pero actualizado totalmente según el Vaticano II, Concilio eminentemente pastoral, relacionado con la praxis cristiana.

Por eso el objetivo, ya no es simplemente que crezca la Iglesia, sino la relación de la Iglesia con el mundo: que los cristianos en estado de comunión eclesial y de comunidad cristiana ejerzan su misión en la sociedad para que el mundo vaya siendo ya aquí y ahora Reino de Dios, con esperanza escatológica, hacia su plenitud.

Para C. Floristán la teología pastoral es teología desde la praxis histórica a la luz de la Palabra de Dios. Esa praxis es eclesial y liberadora, tendiente a la creación de una comunidad de iguales en una sociedad más justa y fraterna.

Es teología inductiva: se parte de la praxis, de la práctica pastoral, es decir, de la realidad de la vida cristiana tal como se da. Y para llegar a la praxis, a lo que debe ser, se relaciona lo que acontece con la práctica pastoral de Jesús, el Cristo, con lo que «la Palabra de Dios» nos dice sobre la unidad básica y el pluralismo ideológico, organizativo, teológico que presidía la acción pastoral de las primeras comunidades cristianas, teniendo en cuenta también el Magisterio, la teoría teológica, para aterrizar en lo que cristianamente debe ser.

Es teología interdisciplinar. El cristiano, la comunidad cristiana vive en el mundo, en una sociedad autónoma y secularizada, necesitada de evangelización para que responda al proyecto de Dios. Por eso esta «teología práctica» tiene que tener en cuenta la realidad histórica y social, necesita de las ciencias humanas, y por eso se relaciona sobre todo con la sociología y la psicología, y tiene en cuenta los desafíos que plantean al cristianismo la modernidad, la postmodernidad, etc.

Hoy se le llama «Teología práctica» que, fiel a la eclesiología de comunión, pone el acento en la participación y corresponsabilidad de todo el pueblo de Dios. El

Autor ubica muy bien en el horizonte pastoral a los laicos y especialmente a la mujer: en su puesto.

C. Floristán divide el contenido del libro en dos partes: teología práctica general (31-356) y teología práctica especial (361-722).

El Autor es fiel a la pedagogía empleada pastoralmente en el Vaticano II (*Gaudium et Spes*), en Medellín y en Puebla, que se basa en el ver-juzgar-actuar. Tiene en cuenta a la teología política europea y a la teología de la liberación latinoamericana.

La bibliografía es abundante, selecta, actual y accesible.

C. Floristán recoge en este excelente libro de texto, de estudio, de consulta, la experiencia de toda una vida dedicada a la práctica, reflexión, estudio, docencia, publicaciones.

Félix Moracho, sj

PIERIS A., *El rostro asiático de Cristo. Notas para una teología asiática de la liberación*, Sígueme, Salamanca 1981, pp. 219.

El libro de A. Pieris da qué pensar. Por eso, merece una lectura sosegada y reflexiva. Esta reseña no debe sustituir el contacto directo con el texto. Es simplemente una ambientación e invitación al estudio crítico del mismo.

Pese al título, no se trata exactamente de una cristología, aunque hay abundantes apuntes de esta materia. Como indica el subtítulo, se trata más bien de avanzar algunas líneas de lo que debería ser una teología asiática de la liberación. No es una obra sistemática, aunque tiene unidad temática. Recoge un conjunto de artículos publicados por el Autor entre 1976 y 1988. Tiene la ventaja de ofrecernos la evolución de su pensamiento a lo largo de estas interesantes fechas eclesiales.

El objetivo unificador de la obra es la lectura crítica de dos desafíos centrales en la reflexión teológica y en la misión eclesial: el desafío de la liberación y el desafío de la inculturación. La lectura es hecha desde los dos elementos que, según el Autor, constituyen el auténtico *ethos asiático*: la religiosidad y la pobreza voluntaria. Es una lectura de alto valor crítico y en algunos momentos resulta apasionante por los aportes que hace a la teología de la liberación latinoamericana y a la concepción y enfoque actuales del espinoso y urgente problema de la inculturación. Lógicamente, cuestiona la tendencia de ciertos sectores eclesiales a hacer una transposición o aplicación mimética de la teología de la liberación occidental, aunque sea latinoamericana, y de las experiencias occidentales de inculturación a la realidad asiática. Para comenzar, el

Autor señala un presupuesto que cuestiona dicha transposición: la teología y la misión eclesial en el mundo occidental se mueven en un contexto cristiano o parten de un contexto cristiano; el ethos o contexto asiático es un contexto no-cristiano y seguirá siendo no-cristiano (apenas el 2% de la población es cristiana, salvo en Filipinas, país al que el Autor no considera representativo de la cultura y de la religiosidad asiática).

Desde estos presupuestos el Autor hace importantes apuntes críticos que corrigen y enriquecen las así llamadas en el libro «tendencia liberacionista» y «tendencia inculturacionista». Me parece que uno de los méritos más destacados de la obra es intentar reconciliar ambas tendencias, que algunas teologías de la liberación y de la contextualización habían considerado demasiado divorciadas. Aquí se abre un interesante campo para el diálogo entre los teólogos del Tercer Mundo, sean latinoamericanos, africanos o asiáticos. Ninguna teología cristiana puede dejar de ser teología de la liberación o teología contextual, pero menos puede dejar de serlo cualquier teología del Tercer Mundo.

Desde los mismos presupuestos el Autor hace importantes aportes críticos sobre cuestiones disputadas en la actual reflexión teológica sobre la liberación y sobre la inculturación. A título de ejemplos, a mi me han resultado altamente iluminadoras algunas reflexiones del Autor. Para que el sujeto de la teología se vaya clarificando, el Autor considera necesario que los teólogos sean pobres y que los pobres sean teólogos. Para que una teología sea verdaderamente liberadora, en oriente o en occidente, debe asumir la dimensión liberadora a nivel micro y macroético de la religiosidad. Para que el cristianismo desate su potencial liberador, debe entrar en la cultura de la pobreza voluntaria (pobreza campesina y monástica en Asia) como antídoto espiritual contra la avaricia y la codicia, no simplemente contra la riqueza. Para que la inculturación sea verdaderamente teológica, y no simplemente folclórica, debe reproducir el itinerario de la encarnación y del bautismo de Jesús: el cristianismo no debe autoafirmarse sino autoanonadarse. No debe bautizar las religiones orientales, sino bautizarse en ellas. Para que el ecumenismo sea auténticamente cristiano, debe ser también transeclesial, etc. Cualquier lector atento de la obra encontrará otro sin fin de cuestionamientos iluminadores y enriquecedores. No es una obra repetitiva de tópicos comunes, sino realmente crítica.

Finalmente, uno termina la lectura de la obra con el deseo de que el Autor amplíe algunos de sus planteamientos. Por ejemplo: ¿En qué sentido afirma que el mundo asiático es no-cristiano y deberá seguir siendo no-cristiano?

Felícísimo Martínez, O.P.